



DON ALVARADO - RENEE TORRES

AMOR QUE VUELVE



BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad, Gral Española de Librería - Barberá, 14 y 16 - Barcelona

AÑO X APARECE LÓS MARTES NÚM 558

AMOR QUE VUELVE

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por el gran actor

DON ALVARADO

Narración de M. NIETO GALÁN

Distribuidores para Cataluña, Baleares y Aragón

I B I FILMS

Paseo de Gracia, 77 - BARCELONA

REPARTO

Antonio	DON ALVARADO
Rosario	Renée Torres
José	Juan Duval
Basilio	José Botollo

ARGUMENTO DE LA PELICULA

PRIMERA PARTE

Hacia unos años que Antonio Gómez se había ausentado del pueblecillo natal donde había dejado a Rosario, preciosa chiquilla de diez y ocho años, cuya belleza era el orgullo de todo el contorno.

Rosario desde muy niña había sido la amiga de los juegos infantiles de Antonio y con esa insensibilidad propia de la niñez entre los dos jóvenes, a medida que iban haciéndose mayores fué naciendo también una pasión amorosa que había de unirlos luego en un amor inseparable.

Pasados aquellos años infantiles, Rosario admiraba en Antonio su arrogancia varonil, su valor entre todos los mozos y su carácter decidido y emprendedor que no se detenía ante ningún obstáculo per peligroso que fuese. En toda la comarca era difícil encontrar

otro que supiese montar mejor que él, ni que manejase con mayor destreza el látigo ni el revólver. Además, su carácter bondadoso, su simpatía y el cariño con que sabía tratar a cuantas personas le brindaban amistad, habían hecho de Antonio el objeto de las miradas de las muchachas y de la envidia de no pocos jóvenes.

Sin embargo, Antonio jamás se jactó de aquella supremacía que parecía tener sobre los demás, y seguía siendo el muchacho sencillo de siempre.

Su idilio con Rosario era para el joven el colmo de su dicha y se entregaba a él con la confianza de que jamás tendría que ser interrumpido.

Mas de pronto una nube vino a turbar el cielo de aquellos amores. Antonio tuvo necesidad de ausentarse del pueblo; comprendió que para unirse a Rosario le era preciso poseer algo que poder ofrecerle, y en busca de ello, dejándose llevar por su espíritu aventurero, se alejó de allí para ir a la ciudad y probar fortuna donde tantos otros lo habían hecho.

No fueron bastante las lágrimas de Rosario para retenerlo, y Antonio procuró vencerla diciéndole:

—Rosario, tú eres rica y yo no tengo nada. ¿Crees que tu padre permitiría jamás que tú te unieras a un desgraciado como yo?



— Mi felicidad eres tú...

— Mi padre sólo quiere mi felicidad — le respondió ella — y mi felicidad lo eres tú... ¿Qué importa nada de lo demás?

— Me importa a mí — respondió Antonio con un dejo de amor propio —. Todos creerían que yo no te quiero y que si me caso contigo es solamente por tu dinero. Es preciso que demostremos a todos que no es así, sino que nuestro amor es puro y desinteresado.

— Pero — respondió la muchacha — ¿y si no logras hacer fortuna... — ¿Y si pasa el tiempo y no consigues lo que deseas?... ¿Qué será de mí?

— No te apures, Rosario — le dijo él acariciándole amorosamente —. Yo estoy seguro de conseguirlo, pero si así no fuera yo te prometo volver y confesarme vencido, por si tú continúas amándome.

— Yo nunca te olvidaré — protestó la muchacha.

— Entonces no debemos tener miedo al tiempo... Cuando se ama como nosotros nos amamos, el tiempo y la ausencia no hace mas que aumentar ese amor.

Aquella fué la última entrevista entre Rosario y Antonio, y éste al día siguiente emprendió el camino hacia la ciudad en donde tenía que encontrar la fortuna que lo haría merecer el amor de su adorada Rosario.

La marcha de Antonio fué un motivo de alegría para un tal José Molledo, uno de los propietarios de allí, quien desde hacía tiempo rondaba a Rosario sin resultado alguno. El tal Molledo era un hombre de algunos más años que Rosario y de una fanfarronería ridícula. Creía que con su dinero podía conseguir cuanto le viniese en gana y en muchas ocasiones debidos a sus caprichos había dado lugar a pendedias que alarmaron a los tranquilos vecinos de la peque-

ña villa. Poseía a varios kilómetros de allí, una hermosa finca y había sabido elegir a sus hombres entre los de peor calaña, con el fin de que le guardasen la espalda y tener además buenos auxiliares para sus trapaceras.

El mismo día que se fué Antonio, José Molledo procuró ver a Rosario, y cuando la encontró le dijo burlonamente.

—¿Parece que no estás muy contenta Rosario?... Ya me he enterado que Antonio te ha dejado.

Ella le miró, sin poder contener la repugnancia que le produscía aquel hombre, y le dijo:

—¿Quién le ha dicho a usted eso?

—Todo el mundo lo dice — respondió José —. Antonio no se ha ocultado de decir que se iba de aquí para librarse de ti.

—¡Miente usted! — exclamó Roario —. Ni Antonio es capaz de pensar eso y menos aún de decirlo.

—Mucho le debes amar cuando lo defiendes con tanta fuerza — exclamó sonriendo irónicamente José —. Sin embargo yo, como amigo, he de aconsejarte que procures olvidarlo... Antonio no volverá más.

La indignación que sentía Rosario no era para dicha, y queriéndole echar en cara la cobardía de hablar mal de una persona ausente, le dijo:

—No sería usted capaz de sostener esas palabras delante de Antonio. De sobra sabe que lo que a usted le sobra de cobarde, él lo tiene de valiente para hacerle comer sus palabras si estuviera aquí. Márchese y procure no interponerse más en mi camino.

José comprendió que todavía no era tiempo de dar la batida a Rosario, y con la paciencia propia de todo desalmado que sabe que por las buenas no ha de conseguir nada, esperó que se presentase la ocasión de poder satisfacer su deseo, valiéndose de cualquier medio, por inicuo que fuese.

Pida hoy mismo el espléndido
CATALOGO ILUSTRADO
 de las inimitables
EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
 a **EDITORIAL «ALAS», Ap. 707, Barcelona**

SEGUNDA PARTE

Pasaron dos años y al cabo de éstos el padre de Rosario murió, dejando a su hija como única heredera de la hacienda, y entonces fué cuando José concibió la idea de conseguir el amor de la muchacha.

Para ello se puso de acuerdo con el secretario del juzgado del pueblo, y debido a la intervención de éste, encontró el medio de satisfacer sus insanos deseos. El secretario era el depositario del testamento del padre de Rosario, y José, convencido de la avaricia de aquel hombre, fué a verlo y le dijo:

—Vengo a proponerle un negocio en el que puede ganarse dos mil pesos sin exposición alguna.

El secretario lo miró algo receloso, pero la cantidad era tentadora y le preguntó:

—¿De qué se trata?

—De un testamento — respondió José —.

Usted tiene el testamento del padre de Rosario y no le sería difícil presentar otro; yo me cuidaría de quien falsificase la firma, para que nada pudiera sospecharse.

En un principio el secretario empezó negándose, pero a medida que José fué aumentando el importe de la cantidad ofrecida, aquella resistencia fué disminuyendo y por último quedaron completamente de acuerdo.

Llegó con esto el día de la lectura del testamento y el secretario fué a casa de Rosario, a quien le dijo:

—Hija mía, ha llegado el momento que indica la ley para abrir el testamento de su padre, y para que haya testigos he llamado a dos personas del pueblo, que por su posición me merecen la mayor confianza. Se trata del señor párroco y de don José Molledo.

El nombre de este último hizo que Rosario se pusiera en guardia y le preguntara:

—¿Ha sido él quien le ha pedido venir?

—He sido yo quien ha ido a suplicarle que viniera. El buen hombre, dejando todos sus asuntos, ha accedido y me ha dicho que tratándose de hacerle un favor siempre estaba dispuesto...

Rosario quedó más tranquila con aquellas palabras y esperó el momento en que había de leerse la última voluntad de su padre.

Momentos después llegó el párroco y Rosario se acercó a él buscando en la bondad de

aquel buen anciano un amparo para la soledad en que se encontraba.

Tuvieron que esperar un buen rato a que compareciese José, y cuando llegó éste, explicó su tardanza diciéndoles:

—Les ruego que me perdonen el que les haya hecho esperar, pero tenía que arreglar ciertos asuntos urgentes...

—Quedas dispensado, hijo mío — le dijo el párroco —. Comprendo que no siempre se puede disponer del tiempo a medida de nuestros deseos.

El secretario hizo sentar a todos los presentes alrededor de él y les dijo:

Puesto que estamos reunidos todos los que debemos conocer la última voluntad del padre de Rosario, quiero que sea usted, padre, el que abra el testamento y lea sus cláusulas y lo que en ellas se dispone.

El cura, sin poder adivinar siquiera el juego de los dos truhanes, cogió el sobre en el que figuraban las cláusulas que de antemano habían redactado el secretario y José, y empezó leyendo:

He aquí mi última voluntad. Luego se expresaba con palabras dolorosas excusándose ante su hija, y terminaba diciendo:

—Siento hija mía, que a mi muerte, nada de lo que creías tuyo te pertenezca. Ultimamente los negocios fueron malos y gracias a la desinteresada ayuda de José Molledo he

podido ocultar nuestra fortuna. Nuestra hacienda fué vendida a él y si aun vivimos en ella es porque no quiso privarnos de ella. En su poder se hallan los títulos de propiedad, conforme convinimos entre los dos. No te opongas a la incautación de ella, porque darías lugar a que mi nombre corriese de boca en boca, sin conseguir nada.

Volvía nuevamente a pedir perdón a su hija y firmaba aquel documento, con el cual Rosario se consideraba desposeída de todo cuanto tenía.

El cura permaneció un momento con la cabeza inclinada por la pena que le causaba aquello, y finalmente le dijo a José:

—¿Qué piensas hacer?

Este sonrió afectando un gran pesar y respondió:

—Cuanto dice ese documento es verdad, pero no quiero ser yo quien prive a Rosario de la hacienda. Mientras ella viva aquí puede disponer de todo esto como si fuero suyo, rogándoles a ustedes que nada digan a nadie.

Rosario miró extrañada a José. ¿Era posible que aquel hombre fuese capaz de tal acción?... El tuno comprendió la mirada de Rosario y siguió diciéndoles:

—Sé muy bien que merezco muy poco en el concepto de usted, Rosario, pero piense que soy un buen amigo suyo y que en cual-

quier ocasión me tendrá a su lado, sea para lo que sea.

—Gracias, José —dijo la joven—, pero espero no necesitar mucho tiempo para devolverle la hacienda... Antonio no debe tardar en volver y entonces será él quien se cuide de mí.

El párroco la reprochó dulcemente y la dijo:

—Hija mía, un ofrecimiento como el de José debe apreciarse en lo que vale. No se debe pagar una buena acción de ese modo.

—No me ha entendido, padre —respondió la joven—. Yo acepto el ofrecimiento de José y sólo quise decirle que dejaré la hacienda tan pronto como pueda, sin que por eso deje de estarle agradecida.

El secretario, para dar mayor apariencia de realidad al acto, le dijo a José:

—Puede usted presentar los títulos de propiedad de la hacienda.

—Los he traído por si acaso eran precisos —respondió José sacando los títulos y entregándoselos al párroco, que después de examinarlos le dijo:

—Los títulos están en regla y además registrados... Nada hay que objetar.

Y a partir de aquel día Rosario quedó en la hacienda gracias a la merced de José, de quien a pesar de aquella generosa acción no tenía confianza.

Fueron pasando los días y José, que antes ni siquiera se acercaba por la hacienda, empezó a menudear sus visitas, hasta que una vez la dijo:

—Rosario, ¿por qué no viene usted un día a mi hacienda?... Allí sería usted muy bien recibida.

—Ya sabe usted que nunca me he movido de aquí... No me gusta el andar de un lado para otro, por el que dirán.

—Es que nadie podrá decir nada —siguió diciéndole José—. Voy a dar una fiesta en su honor y acudirán muchas muchachas. Yo quiero que sea usted la primera entre todas ellas.

Rosario, sin sospechar las malas intenciones de aquel hombre, al ver la naturalidad con que la hacía la invitación, terminó, ante su insistencia, aceptando, y José, satisfecho del buen resultado de su misión, fué hacia su hacienda pensando que se le acercaba el día de poder satisfacer la pasión que sentía por la muchacha.

El día indicado para la fiesta, José acudió a la hacienda de Rosario y le dijo:

—He venido para llevarla a usted personalmente. Mi caballo se sentirá orgulloso de poder llevar a su grupa a usted.

Rosario sonrió ante la galantería de José. Aun cuando nunca le había sido simpático aquel hombre, no podía negar que desde ha-

cía tiempo la conducta de José era verdaderamente irreprochable. No le había vuelto a hablar de sus amores, y Rosario pensó que aquello se le había pasado o que si, por el contrario, seguía enamorado de ella, su amor era respetuoso, ya que nada egixía.

Confiada en él se arregló la muchacha y José, al verla tan hermosa, sintió deseos de estrecharla en sus brazos y besarla. Mas con un esfuerzo de voluntad supo contenerse y le dijo sonriendo:

—Rosario, cada día está usted más hermosa... Envidia al hombre que ha sabido conquistar su amor... ¿Qué sabe usted de Antonio?

—Vendrá pronto — le dijo Rosario. Pero interiormente se dolía del silencio de su novio de quien desde hacía tiempo nada sabía. Muchas veces hasta dudó del cariño de él, pero su amor más fuerte que nada supo tener fuerzas para seguir esperando el regreso del amado.

—Me alegro mucho de que así sea — exclamó fingidamente José —. Su regreso puede ser una solución para usted.

A Rosario la resultaba molesto el hablar de su novio con José, y para evitar la conversación le dijo:

—Yo ya estoy preparada para cuando usted diga.

—Pues vamos — terminó diciéndole él.

Subieron a caballo y se dirigieron hacia la hacienda de José. Como éste había dicho, aquel día se celebraba una fiesta en honor de Rosario y los cantadores y tocadores animaron durante toda la tarde la reunión, mientras que los muchachos bailaban alegremente.

Cuando estaba próxima la hora de retirarse, José, que había bebido más de la cuenta, se acercó a Rosario y le dijo:

—¿No quiere usted conocer mi casa?

—Ya la he visto — dijo Rosario, sin atreverse a negarse rotundamente.

—La conoce usted solamente en lo exterior; venga conmigo y se la enseñaré.

Rosario aceptó, aunque de mal grado aquella invitación, y subió con José a la parte alta de la casa, mientras que muchos de los invitados empezaban ya a desfilar, antes de que les sorprendieran la noche.

José, con una amabilidad que a la misma Rosario le parecía mentira, fué indicándole todas las piezas de la casa hasta que últimamente llegaron a una habitación donde el dueño la dijo:

—Este es mi dormitorio.

Y al mismo tiempo que decía aquello, cerraba con llave la puerta, haciendo exclamar a la pobre muchacha:

—¿Por qué cierra usted?

—Para evitar que ningún importuno pueda molestarnos.

Comprendió Rosario las intenciones de aquel individuo y le exigió:

—¡Abra usted inmediatamente!

—No se altere — le contestó José tranquilamente, mientras llenaba un vaso de licor de una botella que había en la mesa y se lo bebía de un trago —. ¿Por qué me tiene usted ese odio cuando sabe que yo la adoro?

Pero Rosario ni siquiera oía sus palabras. Todo su afán era el que abriese la puerta para huir de allí, y José se interpuso para evitarlo. Entre los dos jóvenes tuvo lugar una lucha encarnada en la que Rosario llevaba la peor parte, pues sus débiles fuerzas no podían competir con las de José.

Vióse perdida en poder de aquel hombre, y sin saber lo que hacía, cogió una silla y se la tiró a la cabeza. El golpe fué tan preciso, que José rodó por el pavimento sin sentido y Rosario, despavorida por lo que había hecho, saltó por la ventana y se lanzó a campo traviesa.

TERCERA PARTE

Al mismo tiempo que esto sucedía en la hacienda de José, Antonio regresaba al pueblo. Había conseguido reunir un poco de capital y venía a partir su fortuna con Rosario, con la mujer que jamás había olvidado y a quien seguía amando de igual forma que el primer día.

Lo primero que hizo al llegar al pueblo fué ir en busca de Rosario y por el camino se encontró con un íntimo amigo suyo, a quien le preguntó después de abrazarlo:

—¿Has visto a Rosario?

El otro calló sin quererle decir donde se encontraba la joven y Antonio insistió algo alarmado por aquel silencio:

—¿Qué sucede, Juan?... ¿Le ha ocurrido algo a Rosario?

Juan en pocas palabras le refirió lo que

había sucedido después de la muerte del padre de la muchacha y terminó diciéndole:

—Hoy ha ido Rosario a una fiesta que da José. Deberías ir tú allí, porque creo que no estará ella muy segura.

—¿Qué quieres decir?

—Que ese hombre no me inspira ninguna confianza. Eso de que el padre de la muchacha le debiera tanto dinero, me pienso que es un infundio y que en el lío debe estar metido el secretario del juzgado.

—Gracias, Juan — le dijo Antonio—. Ahora mismo iré a la hacienda de José y te prometo que si le ha pasado algo a Rosario lo pagará caro. De lo demás ya me ocuparé yo con tiempo.

—Yo te acompañaré — le dijo Juan, presentándose a ayudar a su amigo.

Montaron nuevamente a caballo y se dirigieron hacia la hacienda de José, cuando ya toda la fiesta había terminado. Se encontraron con varios criados en plena embriaguez y le preguntó Antonio a uno de ellos:

—¿Dónde está tu amo?

—¿Mi amo? — preguntó el otro tartamudeando por efecto de la bebida—. Han subido arriba... Bien decía él que no se le escaparía la paloma.

Antonio lo cogió por las solapas y lo zarandeó al mismo tiempo que le decía.



Lo cogió por las solapas.

—Habla claro y dime que es lo que has querido decir... ¿Con quién está tu amo?

—Pues con la señorita Rosario — respondió el otro.

Antonio, sin querer escuchar más, tiró al criado al suelo de un empujón y subió a las habitaciones del piso superior. Cuando llegó al dormitorio de José encontró la puerta cerrada y con la ayuda de Juan consiguió saltar la cerradura y entrar dentro. Encon-

tró a José tendido en el suelo y no viendo a Rosario, le refrescó la frente con agua hasta que consiguió volverlo en sí y le preguntó:

—¿Dónde está Rosario?

El otro miró aturdido a Antonio y al fin le respondió:

—Me ha herido y se ha marchado... No te puedo decir más.

Antonio lo miró fijamente y le dijo:

—Si le ha ocurrido algo a Rosario, me las pagarás con tu vida.

Y pensando solamente en la muchacha corrió a campo traviesa hasta llegar a la hacienda de ella, donde creía que estaría.

Sin embargo, Rosario, al huir de la casa de José, atolondrada por los acontecimientos que le habían ocurrido, sin darse cuenta ella misma del camino que llevaba se perdió entre la maleza del campo, hasta que extenuada y sin fuerzas para seguir caminando cayó al suelo y quedó allí sin sentido.

Cuando Antonio se convenció de que Rosario no había vuelto, pensó que el infame rival lo había engañado y otra vez volvió a la hacienda de José. Un criado de éste al verlo llegar corrió a avisar a su amo y éste le dijo:

—No te importe. Cuando él venga escóndate tú y procura tener un arma preparada por lo que pueda ocurrir.

El criado se ocultó convenientemente y a



—Te he quitado la novia.

penas llegó Antonio se dirigió a José y le dijo:

—Rosario está aquí!

—Ya te he dicho que no... ¿Además, aunque estuviera no tengo que darte cuenta de mis actos.

—Pues yo te lo exigiré por la fuerza — exclamó Antonio levantando el látigo que llevaba para cruzarle la cara.

Al mismo tiempo apareció el criado de Jo-

sé y apuntándole con un revólver le dijo burlonamente:

—Cuidado, amito, si deja caer la mano aprieto el gatillo y le agujereo la piel.

Antonio comprendió que estaba en poder de aquel individuo y se abstuvo de golpearle, pero le dijo:

—Eres mucho más canalla de lo que yo me pensaba... No tienes ni la valentía de saberte defender... Necesitas de tus esbirros para que te defiendan.

—Lo importante es vencerte — respondió José riendo burlonamente—. Juré quitarte la novia y lo he hecho.—Y cogiéndole por las solapas, mientras el otro estaba preparado para defender a su amo siguió diciéndole: —Te he quitado la novia y a ella le he quitado toda su fortuna. Por esta vez te perdonó, pero te advierto que si otra vez te interpones en mi camino, te mataré como a una bestia dañina.

Las amenazas de aquel hombre poco podían influir en el ánimo de Antonio, en el que el miedo no tenía lugar y salió de la hacienda de José dispuesto a vengarse de él.

CUARTA PARTE

Cuando se dirigía hacia el pueblo le pareció oír un gemido y paró su caballería para asegurarse de que su oído no le había engañado. El gemido volvió a repetirse y entonces Antonio detuvo su caballo y echó pie a tierra. Descubrió oculto entre la maleza un cuerpo humano y al acercarse a él estuvo a punto de lanzar un grito de alegría. Era Rosario, a quien estrechó en sus brazos y procuró reanimarla con sus caricias.

La joven abrió los ojos pesadamente y al encontrarse con Antonio lo miró fijamente, como si no pudiera dar crédito a lo que veía y exclamó:

—¡Antonio!

—Sí, soy yo — exclamó Antonio—. Yo que he vuelto a buscarte... Cuéntame todo lo que te ha pasado.

La joven reclinó su cabecita sobre el pecho de su novio y le dijo:

—Ha sido espantoso, Antonio... Quiso abusar de mí y lo he matado... ¡Lo he matado!

—Tranquilízate — le dijo él —. José, desgraciadamente, está sano y no le ha ocurrido nada.

—Pero, si yo le vi caer cuando le di el golpe.

—Perdió únicamente el sentido, pero nada tienes que temer.

La cogió en sus brazos y la llevó a donde estaba su caballo, la puso sobre él y juntos volvieron nuevamente a casa de la muchacha.

Los cuidados de Antonio devolvieron pronto la serenidad a Rosario y aquél le preguntó:

—¡Cuéntame todo lo que ocurrió durante la lectura del testamento de tu padre?

Rosario con todo género de detalles le informó de cuanto había pasado y cuando terminó le dijo Antonio:

—Me parece que todo eso no está muy claro... Ya veré yo al secretario y ese me dirá lo que hay de verdad.

No esperó al día siguiente, si no que aquella misma noche Antonio acompañado de Juan fué en busca del secretario del Juzgado. Este al ver al novio de la joven no pudo



Venimos a saber la verdad.

disimular su disgusto y Antonio comprendió por aquello que el secretario sabía cuánto había de cierto en aquel asunto del testamento.

Procuró recibirlo lo más amable que pudo, pero Antonio, sin darle a tiempo a nada, lo cogió violentamente y le dijo:

—Venimos a saber la verdad, o mejor dicho a que nos sirva usted de testigo.

—Para eso no es necesario adoptar esta actitud — exclamó el secretario.

Esto no es más que el principio de lo que puede suceder si usted no dice públicamente lo que ha sucedido en el asunto de la señorita Rosario.

—Yo no tengo nada que ver con eso — exclamó el secretario queriéndose echar fuera—. Vayan a ver a José.

—Ya lo hemos visto — le dijo Antonio—. Y él ha sido quien nos ha informado de todo.

—Granuja — exclamó el secretario cayendo en la trampa que le había tendido Antonio—. ¿Es decir que él les ha confesado?

—Todo — le interrumpió Antonio—. Usted es tan culpable como él y si no me da el verdadero testamento le juro que moriré aquí a mis manos... ¡Con que elija lo que más le agrade!

—¡No, por Dios! — exclamó asustado el secretario—. Yo les entregaré el verdadero testamento... Aquel estaba falsificado y le entregaré también los títulos de propiedad de la hacienda.

Revolvió en unos cajones de la mesa y sacó dos sobres que contenían todos aquellos documentos mediante los cuales Rosario volvía otra vez en posesión de la hacienda.

Una vez con aquellos documentos en su

poder, Antonio se fué a su casa para esperar al día siguiente y hacer detener a José por impostor.

No obstante no tuvo que molestarse, porque al día siguiente fué el mismo José quien se presentó en la hacienda de Rosario. Ajeno a lo que había pasado la noche anterior, venía decidido a hacerse cargo de la hacienda y cuando vió a Rosario se encaró con ella diciéndole:

—¿Sabe usted a lo que vengo?

La joven lo miró despectivamente y él volvió a decirle:

—Vengo a hacerme cargo de lo que es mío. No es justo que proteja yo a quien trató de asesinarme.

Rosario ante la actitud de José no opuso la menor resistencia y le dijo a las sirvientas que con ella aun continuaban en la casa.

—Vamos a recoger todo lo nuestro... Nada nos queda ya que hacer aquí.

Recogieron su pequeño equipaje y cuando ya iban a salir apareció Antonio, quien al ver a José se abalanzó sobre él diciéndole:

—¿Qué vienes a hacer aquí?

—Vengo a hacerme cargo de lo que es mío — respondió el otro—. Esta hacienda me pertence y no quiero que sigan viviendo en ella gentes desagradecidas.

—¿Y qué es lo que te pertenece aquí? —

preguntó Antonio reteniendo su deseo de castigar a aquél individuo como se merecía.

—Todo cuanto hay en la hacienda — respondió José.

—¿Tienes los títulos de propiedad? — preguntó Antonio.

—Claro que sí...

Y cuando se los mostró a Antonio éste le dijo, una vez que los tuvo en su poder:

—¿Sabes a lo que te da derecho estos títulos? A una celda en la cárcel por falsificador. Estos títulos son falsos... El secretario del juzgado lo ha confesado todo y me ha entregado los verdaderos.

José no era tan inocente como su cómplice y creyendo que se trataba de una trampa que le preparaba su rival le dijo:

—El secretario podrá haber dicho lo que le dé en gana, pero tendrá al fin que confesar, por muy amigo tuyo que sea, que estos títulos son los verdaderos. No hay otros.

Antonio sacó los que llevaba y mostrándoselos a José le dijo:

—Míralos. Estos y el testamento original es lo que te llevarán a presidio. Aun tienes un recurso para librarte y es el de marcharte de aquí, sin que vuelva yo a verte... De lo contrario te denunciaré y con estas pruebas no habrá abogado que te salve.

Las pruebas eran tan absolutas, que José viendo en aquella huída su única salvación



Ahora se celebraba la boda.

salió de la hacienda sin querer seguir aquella discusión.

Antonio cogió en sus brazos a Rosario y mientras la retenía en aquel abrazo amoroso, le decía a José:

—Procura que cuando quieras conseguir a una mujer lo sea por amor, como éste, no con tus falsos sentimientos incapaces de querer a nadie.

José miró rencorosamente a la pareja de

enamorados y mientras que interiormente sentía el escozor de los celos, montó a caballo y abandonó para siempre aquella hacienda donde había vuelto el amor.

A los pocos días en la hacienda de Rosario se celebraba una gran fiesta. ¡Cuánta diferencia de la alegría que reinaba en ésta a la que existió en la que dió José!

Ahora se celebraba la boda de Rosario y Antonio, de aquellos dos seres que jamás habían dejado de amarse y que por fin veían sus vidas unidas para siempre.

Rosario con su vestido de novia está más hermosa que nunca y Juan, el íntimo amigo de Antonio al verla se acercó a su amigo y le dijo:

—Vaya suerte que tienes... ¿No estarás descontento de ella?... Vale mucho más que tú...

Antonio que conocía el cariño que le profesaba su amigo, sin molestarse por aquella broma, le estrechó la mano emocionado y le respondió:

—Mucho te debo a ti en esta dicha.

—A quien se lo debes es a ella... Con que, vete a su lado, que ya te está buscando.

Y mientras que las risas de los invitados celebraban aquella unión, los dos enamorados cogidos de las manos empezaban a vivir aquella felicidad a que tanto derecho tenían.

FIN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

HA PUESTO A LA VENTA

PASO A LA JUVENTUD

«Paso a la juventud» es una de esas novelas en las que se refleja todo el optimismo, toda la alegría y todas las ilusiones de la juventud.

Cuando el amor une las vidas de dos seres, como en esta ocasión, no hay obstáculo que se interponga a su marcha triunfal y el amor y la juventud saben salir vencedores de la gran batalla de la vida. Creación de los artistas

JAN KIEPURA
Y
MARTHA EGGERTH

Precio: UNA peseta.

PEDIDOS A

Editorial "ALAS"- Apart. 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previa
envío del importe en sellos de correos. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

Las novelas cinematográficas basadas en las más grandes creaciones de los célebres estilistas

EMILIO ASTORGA

Imperio Argentina

y

Carlos Gardel

solamente las encontrará en

Ediciones Biblioteca Films

La más antigua novela cinematográfica

<i>La casa es seria</i>	0'25 cts.
<i>El cliente seductor</i>	0'30 .
<i>El amor solfeando</i>	0'50 »
<i>Cinópolis</i>	0'50 »
<i>Buenos días</i>	0'60 »
<i>Su noche de bodas</i>	1'00 pta.
<i>Lo mejor es reir</i>	1'00 .
<i>Luces de Buenos Aires</i>	1'00 >
<i>Esperáme</i>	1'00 .
<i>Melodía de arrabal</i>	1'00 .

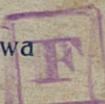
PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

AVANCE DE LAS GRANDES OBRAS DE LA PROXIMA TEMPORADA QUE APARECERAN EN

Ediciones BIBLIOTECA FILMS
(EL TITULO DE LA SUPREMACIA)

Andrajos de la opulencia	Lionel Atwill
El amor que hace falta a las mujeres.	Olga Tchekowa 
El niño de las coles	Rafael Arcos
El último vals de Chopin	
Federica	Mady Christians
La dama de las camelias	Obra maestra de A. Dumas
La Virgen de la Roca	Collette Darfeuil
Noches de Montecarlo	Mary Brian
Noches moscovitas	Annabella
Odios de buzo	Lon Chaney, hijo
Rapto	Dita Parlo
Requiem de Mozart	
Te quiero y no se quién eres.	Dorotea Wiek

Las obras figuran por riguroso orden alfabético
por estar todas al mismo nivel artístico y literario

EXIJA SIEMPRE Y EN TODAS PARTES

Ediciones BIBLIOTECA FILMS